

todas sus formas y grados, emoción estética que es la coronación de toda cultura. El hombre no es perfecto, ni se puede tener por bien educado hasta tanto que no posee una completa educación artística, según su vocación y aptitudes. Esta educación artística le dará felicidad porque le dará optimismo, esperanza y alegría: le enseñará a crear los fines superiores de la vida, a no supeditar lo permanente a lo transitorio y a colocar, por encima de todos nuestros afanes pedagógicos, el afán de usar de las cosas humanas para crear cosas divinas.

Es, sobre todo, en el cultivo divino del ideal en donde ha de formarse la ley fundamental de toda educación. Poco a poco, ha de irse despertando en el niño las ideas madres de la vida, las grandes e inmortales ideas de Patria, de Justicia, Moralidad, Abnegación, Caridad y excitar su amor y entusiasmo por ellas. Con esas ideas tendrá más clara noción de sí mismo, aprenderá a conocerse, a apreciar exactamente lo que él es, lo que era, lo que quiere, lo que puede y lo que debe ser. Esas ideas le iluminarán el camino que ha de recorrer y le servirán de dirección y modelo en que inspirarse constantemente. Considerarlas, meditarlas, constituirá la dicha suprema de su vida, manteniéndose fuera del alcance de las realidades y egoismos groseros que nada podrán con él.

Esta educación espiritualista, plena de ideales, es la sólo fundamental, básica, necesaria y eficaz, porque esta educación vivificadora es la única capaz de limpiar el alma de sus inclinaciones bestiales, la que, como decía Kant, puede sólo librar al hombre del salvajismo. Esta no se adquiere y presta por la sólo instrucción Primaria ni Superior, ni por el cultivo exclusivo de la inteligencia, en donde los conocimientos almacenados formarán de los individuos una especie de *pedantocracia*, como decía Stuart Mill, que en nada influirán en la pureza y rectitud del carácter, que es lo que vale y pesa en la vida. Decía Herbart que es mayor el mérito del hombre por lo que *quiere* que por lo que *sabe* que es lo mismo de Kant, aunque no tan expresivo, de que al hombre se le juzga por lo que *hace* y no por lo que *sabe*.

La instrucción aumenta, indudablemente, nuestra capacidad productiva pero ¿qué es esta, de qué sirve si no se posee una voluntad persistente y serena que pueda y sepa aplicarse al bien?, como dice Bourgeois. La instrucción, Señoras y Señores, por sí sola no sirve para nada: por sí sólo no prepara y edifica el espíritu para soportar el sufrimiento, no infunde aquél valor, aquella necesaria resignación